

7 subrayados subrayados

Anarquismo social o anarquismo personal. Un abismo insuperable

Murray Bookchin, *Virus*, Barcelona, 2012, 104 págs., 8 €

Murray Bookchin, uno de los escasos teóricos anarquistas contemporáneos, desarrolla una contundente y sólida crítica a las corrientes individualistas del anarquismo de las últimas décadas en este fundamental libro. Escrito en 1995, justo cuando dichas tendencias empezaban a difundirse en el Estado Español, está precedido por una concisa pero excelente contextualización de Juanxo Estebanz.

Partiendo de que “*sus preocupaciones por el ego y su singularidad y sus conceptos polimórficos de resistencia están erosionando lentamente el carácter socialista de la tradición libertaria*”, el autor se detiene en varios autores y corrientes: el insurreccionalismo, el primitivismo, teorías antirracionalistas, neomísticas y de crítica a la tecnología y a la civilización industrial. Estas avanzan, en su mayoría, desde las aportaciones de un individualismo criticado en su día por Bakunin o Kropotkin. De hecho, indica que, ya entonces, fueron interpretadas como “*un lujo exótico de la pequeña burguesía, [...] un capricho de la clase media, mucho más anclado en el liberalismo que en el anarquismo*”. A su vez, Bookchin señala que dichas corrientes se basan en un “*estilo de vida*” (*Social Anarchism or Lifestyle Anarchism* es el título original de este volumen) que se desentiende de la revolución social en pos de una autorrealización hedonista, y que cae en amplias y profundas contradicciones con los presupuestos que pretende defender.

Con un tono punzante y polémico, pero que no esconde una profunda reflexión teórica, poniendo sobre la palestra las fuentes

directas, Bookchin revela sus motivaciones narcisistas (“socialmente inocuas”, subraya) y cuestiona la prevalencia del egoísmo, la fundamentación en el mito del individuo plenamente autónomo, su esteticismo y, en el fondo, la falta de compromiso real. Crítica, por tanto, una actitud elitista, arrogante, atravesada por el nihilismo posmoderno, que elude la responsabilidad y que cae en la frivolidad y que no busca más que la complacencia inmediata de los impulsos. Así, consiste en una encendida denuncia de teorías y prácticas políticas que encubren planteamientos pequeñoburgueses bajo un discurso contestatario y antiautoritario.

En cualquier caso, es importante destacar que, lejos del dogmatismo, Bookchin no postula una denominación única de anarquismo, pues no excluye estas tendencias dentro de él, sino que apuesta por añadir adjetivos para fijar las corrientes, a pesar de que mantienen (a mi juicio) posturas incompatibles. Con todo, Bookchin apuesta por un anarquismo social que incide en el compromiso para/con la comunidad, en la construcción de organizaciones revolucionarias; que busca, en definitiva, una sociedad libre y justa para todas/os y no sólo para unas/os pocas/os que puedan permitírsela.

En suma, esta obra resulta una reafirmación de “*la necesidad de un enfrentamiento organizado, colectivista y programático al orden social existente*”; del anarquismo social como firme proyecto de emancipación de clase.

Alberto García-Teresa

Chavs. La demonización de la clase obrera

Owen Jones, Traducción de Íñigo Jauregui, *Capitan Swing*, 2012, 20 €

Owen Jones, ha escrito un libro serio e informado, comprometido y fácil de leer, a caballo entre el periodismo y el ensayo. El libro arranca con una terrible constatación: en Inglaterra el único grupo del que humoristas, periodistas y políticos pueden hacer burla sin sanción social es la clase trabajadora, o a sus componentes más desestructurados, a través de su caricatura como *chavs*: una subclase de habitantes de barrios marginales y casas de protección oficial, agresivos e incultos, comedores de *fast food* y bebedores de cerveza barata, padres y madres adolescentes sin referentes culturales ni identitarios, vestidos con chándal y otras prendas deportivas y dependientes de las prestaciones sociales y los peores empleos en el sector servicios.

A través de un divertido y escalofriante recorrido por los discursos mediáticos, políticos y culturales que estigmatizan a este grupo social, Jones se pregunta cómo en la Inglaterra de la en otro tiempo poderosa y respetable clase trabajadora, el insulto al *chav* es hoy un plato tan común. La respuesta es sencilla y brutal: es el resultado de la destrucción de la clase obrera, de su prestigio social, de sus instituciones y sindicatos, de su(s) narrativas, de su representación y acceso a los medios de comunicación y el Estado.

El libro fija, quizás con excesivo simplismo en términos teóricos pero con nítida intención política, la fecha del comienzo de esta destrucción: los gobiernos de Margaret Thatcher (1979-1990) y ataque sobre los sindicatos –con la crucial derrota de la huelga de los mineros, espina dorsal simbólica del movimiento obrero inglés–, contra la vivienda pública y por favorecer el acceso a la propiedad inmobiliaria de los sectores más pudientes de las comunidades obreras, así como el programa de desindustrialización acelerada y traumática del país. Todo ello posibilitado y acompañado por el despliegue de un revolucionario discurso neo-conservador a la ofensiva contra la izquierda, los sindicatos, el Estado del Bienestar y

los propios conceptos sobre los que se asentaba todo el andamiaje cultural progresista –“*La sociedad no existe. Existen las familias y los individuos*”–. Esta ofensiva modificó radicalmente el escenario social y político inglés. Uno de sus resultados fue la fractura y/o denigración de las identidades obreras, la entronización de la “clase media” como corazón de la comunidad política y modelo social, y el fomento de las aspiraciones de ascenso social individual al tiempo que se destruían las estructuras de solidaridad colectiva. Otro fue la culpabilización individual y moral de los pobres por su “fracaso”, sustituyendo cualquier explicación que lo relacionase con la estructura social injusta y legitimando una redistribución crecientemente regresiva de la renta. Tras describir con maestría esta ofensiva histórica, Owen critica al “nuevo laborismo” de la Tercera Vía encabezado por Tony Blair, de haber aceptado y así entregado carta de naturaleza a la transformación orgánica thatcheriana y su cultura política –la propia Thatcher afirmaría, años después, como su principal logro a “*Tony Blair y el nuevo laborismo, hemos obligado al adversario a cambiar de opinión*”–, originando de paso un estrechamiento de la política institucional que tiene mucho que ver con las crisis de representación en las democracias liberales occidentales.

Además de una lectura divertida, constituye un aviso pertinente en tiempos y geografías donde la “crisis de régimen” significa fundamentalmente una ofensiva oligárquica sobre el viejo orden: las ofensivas neoliberales siembran sal en la tierra, y destruyen los nichos sociales e intelectuales en los que (sobre)vive la izquierda. Lo más probable entonces, como casi siempre, es que “cuanto peor, peor”. Por ello la urgencia de nuestro tiempo.

Como punto crítico, destacaría su marcado economicismo, que entiende la clase como un cuerpo de fronteras definibles estadísticamente y le lleva a describir como “mani-

pulaciones” lo que son elementos claves en la lucha política –para la que la conformación de las agregaciones e identidades no es estación de partida sino uno de los terrenos principales de choque- y por tanto a reclamar con nostalgia la vuelta a una “política de clase” poco problematizada, que parece más bien el reencuentro con las esencias tras

décadas de ocultamiento. Con todo, su libro es parte de una cruzada intelectual urgente, en la que el equilibrio entre recuperación y reinención debe ser dinámico y ajustado a cada contexto: la reivindicación de un sentido de época, una cultura, una estética y una narrativa propias de las gentes de abajo.

Íñigo Errejón

Crisis

Jorge Majfud, *Baile del Sol*, Tenerife, 2012, 146 págs. 14 €

Sólo despegándonos de lo concreto, pero atendéndolo, podremos aspirar a comprender la complejidad de la globalidad de nuestro mundo. El narrador uruguayo Jorge Majfud articula ambas escalas en esta excepcional novela, que nos plasma un excelente retrato sociológico y cultural de las personas inmigrantes en EE UU, y de la propia sociedad de este país.

La obra está formada por la yuxtaposición de fragmentos de historias, encabezadas por la fecha, el lugar (diferentes localidades de EE UU cercanas a su frontera sur) y el valor del índice Dow Jones. Así, se hace explícita la relevancia del capitalismo a la hora de condicionar la vida. A su vez, la multiplicidad de ciudades en la que figuran unos (aparentemente) mismos personajes da pie a entender la vida errante de los sin papeles. De esta forma, se obtiene una novela con un protagonista colectivo en la que no se pierde la individualidad.

Crisis resulta un libro estremecedor, que presenta un relato duro, lleno de injusticias, de dolor, de abusos de poder. El autor explora los miedos, sueños y esperanzas de las personas inmigrantes a través de escenas representativas, de marcado valor simbólico y metonímico, que le ocurren a un personaje concreto, aunque le podrían suceder a cualquier otro. De hecho, la desubicación sirve para globalizar los acontecimientos, pues puede que sucedan en un mismo lugar o en cualquier otro espacio.

Por otro lado, juega con diversos tipos de narrador y pone el foco en las diferentes esferas implicadas: migrantes, familiares,

mafias, empleadores, trabajadores locales... Además, de una manera muy hábil, también construye un retrato de la sociedad estadounidense, con lo que levanta una condena de un estilo de vida deshumanizado, hipócrita y personalmente empobrecedor. Así, abre numerosas puertas a las que asomarse, lo que permite vislumbrar distintos ámbitos de la realidad. Por tanto, como confluencia de voces narrativas también resulta muy interesante el libro.

A su vez, *Crisis* alterna ficción con hechos reales o reproducción de noticias. Igualmente, se incorporan fragmentos ensayísticos, a modo de disertaciones de los personajes. Con todo esto, el autor consigue dotar de fluidez y dinamismo al volumen, que no posee una trama sino que, de manera fragmentaria, levanta una visión panorámica del presente. En ese sentido, Majfud demuestra un gran acierto al emplear esta construcción en la novela, pues potencia sus objetivos de discurso y, en sí misma, la estructura aporta contenido en esa misma dirección.

Por todo ello, se trata de una obra muy rica, por la que pululan decenas de personajes que, en definitiva, tratan de sobrevivir en y a un mundo gobernado por un sistema económico despiadado. Así, la brillante denuncia de Majfud apela a la dignidad, al humanismo, en un relato amargo y desalentador. *Crisis* resulta una novela espléndida, hábilmente construida, que nos presenta numerosas vías para observar nuestro tiempo y hallar puntos donde incidir para transformarlo.

Alberto García-Teresa

Yo muero hoy. Las revueltas en el mundo árabe

Olga Rodríguez. Debate, Madrid, 2012. 366 pp. 19,90 €

Diversas circunstancias han retrasado mucho la publicación de esta reseña. En ese tiempo, han ocurrido acontecimientos que han modificado profundamente el proceso de las revoluciones árabes, incluyendo, o incluso incluyendo especialmente, a Egipto, que es el tema central del libro que comentamos. Así que reviso el libro con cierto temor a que los acontecimientos le hayan quitado interés o le hayan convertido simplemente en un libro dormido en el estante, del que guardamos buenos recuerdos.

Pero no es así, especialmente en la mitad de sus páginas que se refieren a Egipto y eran ya en su momento las mejores del libro; el interés de la otra mitad me parece desigual y, especialmente en los casos de Túnez y Siria, nos quedamos con las ganas de leer unas posibles nuevas versiones que escribiría Olga ahora.

Pero las más de doscientas páginas sobre Egipto se releen sabiendo que hablan de un pasado cercano en el tiempo, pero distante en aspectos fundamentales de la configuración del nuevo régimen y de los principales conflictos sociales y políticos, incluyendo el sentido mismo de la palabra “revolución” y la batalla en torno a ella. Pero si partimos de la base de que entender las revoluciones árabes (o las revueltas, como se las llama en la portada del libro; no vale la pena detenerse ahora en ese debate, no insignificante por otra parte) es imprescindible para entender este turbulento comienzo de siglo, y más aún para ser en él una persona comprometida en la lucha contra el orden establecido, leer el libro de Olga Rodríguez es un placer muy recomendable. Quiero destacar, un aspecto concreto y otro más general del libro, que me parecen especialmente logrados.

En primer lugar, la narración de los antecedentes de los acontecimientos de enero de 2011 es, de lejos, la mejor que he leído sobre uno de los procesos de movilización popular más potentes, originales y creativos del siglo XXI; hay que reconocer con cierta vergüenza, que gente de la izquierda europea,

incluyéndome en la lista, sólo empezamos a conocer y valorarlos a partir de 2011. Es apasionante entender cómo se fue rompiendo poco a poco “*el círculo que separaba a una minoría de activistas e intelectuales de la mayoría de los ciudadanos*” (p. 53) o descubrir a Kifaya, una de las experiencias más interesantes de marco unitario en la lucha contra una dictadura. Hay que decir que el conocimiento de “lo viejo”, con toda la complejidad que se resume en la expresión, es imprescindible para entender “lo nuevo”, también complejo y contradictorio. Una revolución es un largo, y a veces larguísimo, proceso inestable de conflictos entre “lo viejo” y “lo nuevo”. Hay que tenerlo en cuenta en las etapas de entusiasmo y en las de decepción.

Como cuestión general, el enfoque de Olga Rodríguez me parece arriesgado, pero muy bien conseguido. Olga escribe una reconstrucción narrativa de centenares de testimonios que ha conocido directamente y que contienen opiniones, miedos, ilusiones... de gente que hizo las revueltas. El riesgo de este enfoque es que la narración no resulte creíble, que finalmente el lector considere que el autor o autora selecciona personas y reelabora declaraciones que parecen textuales, como vehículo de sus propias opiniones. Pero no. Olga no oculta sus propias opiniones, aunque las escribe de forma muy selectiva y prudente. Y, menos aún, oculta que quiere a toda esa gente que lucha por la vida con ese desafiante: “*yo muero hoy*” que es el hermoso título del libro.

Respeto, conoce y quiere a estas personas. Estaría dispuesta a hacer muchas cosas por ellas. Pero nunca mentira sus lectores. En esta convicción, que se conozca o no a Olga nace de la lectura del libro, está la raíz de su credibilidad y la posibilidad de seguir dialogando con él cuando tanta agua, y no precisamente clara, ha pasado bajo los puentes de las revoluciones árabes.

Miguel Romero